

En la película Andrei Rubliov de Tarkovski hay una secuencia conmovedora que es, al mismo tiempo, una de las mejores metáforas sobre el arte que yo haya podido ver: la construcción de una enorme campana, en medio de una época de guerra y caos, nos enseña cómo la fe en las propias fuerzas es siempre superior a la capacidad técnica que uno pueda poseer. Para el cineasta ruso esta sería, en definitiva, la lección decisiva que convirtió a Andrei Rubliov en el más grande de los pintores de iconos que haya existido.

Recuerdo, de inmediato, esta secuencia y esta lección al contemplar el políptico Homenaje a Tarkovski de Alejandro Hastero. Un invisible juego de espejos me lleva desde esta pintura a la película y de la película a los iconos de Rubliov. No tengo ninguna duda de que la visión, en la Galería Tretiakov de Moscú, de estos iconos ha sido el principal acontecimiento en mi vida de espectador del arte después de mi visita juvenil a los Uffizi de Florencia. La Trinidad de Rubliov es una obra maestra absoluta y su rostro de Cristo, una de las pinturas más misteriosas de la historia.

Su contemplación permite entender - o, mejor, intuir -

porque los pintores de iconos no pintaban sino que "escribían" y, en realidad, "oraban". La técnica estaba al servicio de un propósito trascendente que impedía la reclusión meramente estética, y por eso el adolescente de Tarkovski llega a construir la maravillosa campana sin que tuviera los conocimientos suficientes. En esta paradoja se encierra la esencia del arte; y el arte no exige ni figurativismo ni abstracción, ni clasicismo ni modernidad, ni método ni espontaneidad. Exige lanzarse a la construcción de la campana, y llegar a construirla, sin tener nunca la certeza de que el conocimiento y la inspiración serán suficientes.

El sutil juego de espejos también actúa aquí. Tengo la impresión que la reverencia al homenaje a Tarkovski no es gratuita y, además, que los iconos conducen necesariamente hacia la pintura de Alejandro Hásler. Su conjunto Merda blanca produjo en mí un impacto en el que resonaban ecos profundos. Entre ellos, por encima de los demás, los iconos rusos. También algunos cuadros predilectos del Trecento y el Quattrocento. Repentinamente, asimismo, aquellos retratos fu-

mercurios de El Fayyum en los que el pintor
fijaba para la posteridad una rasgada preparada
para lo eterno

En todos los casos: silencio, muerte y resurrección a la vida. Muda eloquencia es un mosaico extraordinario en los que han sido grabados los momentos de un ciclo que, al transcurrir siempre por el silencio, expresa grito, risa, tristeza. Lenguaje volcado hacia un interior inabarcable e inabarcable. Palabra ácida, canto de luz.

Si en las imágenes hasta cierto punto gorgicas de La mirada inocente Alejandro Hästler se sumerge en las aguas agitadas de la cotidianidad, en ocasiones con dureza, a veces con negra ironía, Muda eloquencia es una travesía de la profundidad abismal. Cada una de sus figuras habita en el abismo, aunque también, extroñadamente, en el resplandor de una esperanza. Expresión y contención: todo, absolutamente todo, queda reflejado en este paisaje, sin asomo de gestualidad o manierismo. Como en los ritos, como en los retratos de El Fayyum, la eternidad late en el frágil transcurso de un instante

Revive ^{de nuevo} ~~una vez más~~ la vieja enseñanza en Alejandro Hästler. Para que el arte sea, es más importante la fe que el arte mismo. Que la haya hecho suya confirma su espléndida madurez como pintor.

R. A.